

nia y deseaba estudiar la banca. Al salir de casa de Birotteau, de Tillet habló de Constanza de un modo que dió á entender que su amo le había despedido por celos. Algunos meses después, de Tillet fué á ver á su antiguo amo para rogarle que le afianzase por veinte mil francos á fin de completar las garantías que le exigían en un negocio que le ponía en camino de hacer fortuna. Al notar la sorpresa que manifestó Birotteau al oír tamaña desvergüenza, de Tillet frunció las cejas y le preguntó si no tenía confianza en él. Matifat y dos negociantes que estaban con Birotteau notaron la indignación del perfumista, el cual comprimió su cólera en presencia de ellos. Tal vez de Tillet se había hecho hombre honrado, su falta podía haber sido causada por los ruegos de alguna querida ó por alguna tentativa hecha en el juego, y la reprobación pública de un hombre de bien acaso sumiría en una senda de crímenes y de desgracias á un hombre joven aún y susceptible de arrepentimiento. Considerando esto, aquel ángel tomó la pluma é hizo un aval en las letras de de Tillet, diciéndole que hacía con mucho gusto aquel favor á un muchacho que le había sido muy útil. Mientras decía aquella mentira, la sangre se le agolpó á la cara. De Tillet no pudo sostener la mirada de aquel hombre, y en aquel momento sin duda sintió contra él ese odio sin tregua que concibieron los ángeles de las tinieblas contra los ángeles de la luz. De Tillet manejó tan bien el balancín, bailando en la rígida cuerda de las especulaciones financieras, que siguió siendo elegante y rico en apariencia antes de serlo en realidad. Tan pronto como pudo tener un cabriolé, no lo abandonó ya nunca, y se mantuvo en la esfera elevada de las gentes que mezclan los placeres con los negocios, convirtiendo la sala de descanso de la Ópera en sucursal de la Bolsa. Gracias á la señora Roguín, á quien conoció en casa de Birotteau, no tardó en frecuentar á los financieros más distinguidos. En este momento Fernando de Tillet había alcanzado una prosperidad que no tenía nada de engañosa: estaba en muy buenas relaciones con la casa Nucingen, donde Roguín le había presentado, y había trabado amistad con los hermanos Keller y otros banqueros de crédito. Na-

die sabía de dónde sacaba aquel muchacho los inmensos capitales que ponía en movimiento; pero se atribuía su suerte á su inteligencia y á su probidad.

La Restauración convirtió en un personaje á César, el cual olvidó estos dos accidentes domésticos en medio del torbellino de las crisis políticas. La inmutabilidad de sus opiniones monárquicas, por las cuales sentía gran indiferencia desde que le habían herido, pero en las que continuaba por decoro, y el recuerdo de su sacrificio en Vendimiario, le valieron grandes protecciones, precisamente porque no pidió nada. Aunque era incapaz de desempeñar ningún mando, fué nombrado jefe de batallón de la guardia nacional, y en 1815, Napoleón, que seguía siendo enemigo de Birotteau, le destituyó. Durante los Cien Días, César se convirtió en el coco de los liberales de su barrio, pues hasta 1815 no empezaron las diferencias políticas entre los negociantes, unánimes hasta entonces en sus deseos de disfrutar de la tranquilidad que tanto necesitaban para sus negocios. En la segunda Restauración, el gobierno real tuvo que cambiar el cuerpo municipal. El prefecto quiso nombrar alcalde á Birotteau; pero gracias á su mujer, el perfumista sólo aceptó el cargo de teniente alcalde, que no le ponía tanto en evidencia. Esta modestia aumentó mucho la estimación de que gozaba, y le valió la amistad del alcalde, el señor Flamet de La Billardiere. Birotteau, que conocía al prefecto del Sena de la época en que *La Reina de las Rosas* servía de punto de reunión á los conspiradores realistas, le designó para alcalde al señor Flamet, el cual no olvidó nunca á los señores Birotteau en sus invitaciones. Finalmente, la señora Birotteau postuló frecuentemente en San Roque en compañía de grandes damas. Cuando se trató de distribuir cuatro cruces entre individuos del cuerpo municipal, La Billardiere apoyó calurosamente á Birotteau pretestando su herida en San Roque, su adhesión á los Borbones y la consideración de que gozaba. El ministerio, que deseaba destruir la obra de Napoleón prodigando la cruz de la Legión de honor, y tener prosélitos en el comercio, las artes y las ciencias, incluyó á Birotteau en la combinación,

y este favor, que estaba en armonía con la fama de que gozaba el perfumista en su barrio, le colocaba en una situación que tenía que agrandar las ideas de un hombre que hasta entonces había salido airoso en todo. La noticia que le dió el alcalde de su condecoración fué el último argumento que decidió al perfumista á arriesgarse en la operación que acababa de exponer á su mujer, á fin de dejar cuanto antes la perfumería y de elevarse á las regiones de la alta burguesía parisiense.

César tenía entonces cuarenta años. Los trabajos á que se entregaba en su fábrica le habían valido algunas arrugas prematuras y habían blanqueado un poco su larga cabellera, que la presión de su sombrero rodeaba de un círculo brillante. Su frente y la manera cómo se peinaba los cabellos denotaban la sencillez de su vida. Sus grandes cejas no asustaban, pues sus ojos azules estaban en armonía con su límpida mirada, siempre franca y severa. Su nariz, gruesa por la punta, le daba el aire de los papamoscas de París. Sus labios eran muy ocultos y el corte de su barba perpendicular. Su cara, muy colorada y de contornos cuadrados, tenía el carácter ingenuamente astuto del aldeano, á causa de la disposición de las arrugas y del conjunto de la fisonomía. La fuerza general del cuerpo, el tamaño de sus miembros, la cuadratura de sus espaldas, la anchura de los pies, todo en él denotaba el aldeano trasplantado á París. Sus manos, anchas y velludas, y sus grandes uñas cuadradas, hubieran delatado su origen si no hubiesen quedado vestigios de él en toda su persona. En sus labios erraba siempre la sonrisa benévola que afectan los comerciantes cuando unó entra en su casa; pero aquella sonrisa comercial era la imagen fiel de su contento interior y describía el estado de su alma cariñosa. Su desconfianza no la empleaba nunca fuera de los negocios, y dejaba siempre su astucia á la puerta de la Bolsa ó cuando cerraba el libro Mayor. La sospecha era para él lo que las facturas impresas: una necesidad de la venta misma. Su cara ofrecía una especie de seguridad cómica y de fatuidad mezclada de honradez que le convertía en un ente original y le privaba de tener una se-

mejanza demasiado completa con la tosca figura del burgués parisiense. Sin aquel aire de sencilla admiración y de fe en su persona, hubiese inspirado demasiado respeto. Generalmente, mientras hablaba, se cruzaba las manos por la espalda. Cuando creía haber dicho algo galante ó gracioso, se levantaba imperceptiblemente sobre la punta de los pies dos ó tres veces y se dejaba caer torpemente con los talones como para apoyarse en su frase. En lo más fuerte de una discusión se le veía á veces dar vueltas sobre sí mismo bruscamente, andar algunos pasos como si fuese á buscar objeciones y volverse con rapidez hacia su adversario. No interrumpía nunca y era á veces víctima de esta exacta observación de las conveniencias, pues los otros le quitaban la palabra, y el pobre hombre se ausentaba frecuentemente sin haber dicho esta boca es mía. Su gran experiencia de los asuntos comerciales le había comunicado costumbres tachadas de manías por algunas personas. Si alguna letra dejaba de ser pagada, se la enviaba al alguacil y no se ocupaba de ella más que para recibir su capital, sus intereses y sus costas, persiguiendo al comerciante hasta que se declaraba en quiebra. Una vez en este estado, Birotteau cesaba en su persecución, no comparecía nunca en ninguna junta de acreedores y guardaba sus títulos. Este sistema y su implacable desprecio por los quebrados le provenía del señor Ragón, el cual, en el curso de su vida comercial, había acabado por ver tan gran pérdida de tiempo en los asuntos litigiosos, que consideraba el escaso dividendo que se lograba en los concordatos como excesivamente ganado empleando en el trabajo el tiempo que se perdía en ir, venir, dar pasos y correr tras los tramposos.

—Si el que quiebra es hombre honrado y se rehace, ya pagará á usted—decía el señor Ragón á un acreedor impaciente.—Si queda sin recursos y quebró por desgracia, ¿por qué atormentarle? Si es un bribón, nunca se logrará nada de él. Por otra parte, su conocida severidad de usted le daría fama de intratable, y, como es imposible transigir con usted, mientras el deudor no paga al acreedor, gasta, persiguiéndole, el doble de la deuda.

César solía ser muy puntual en sus citas; pero, si á los diez minutos no llegaba el citado, se largaba indefectiblemente; así es que su exactitud hacía exactos á los que tenían que tratar con él. El traje que había adoptado estaba de acuerdo con sus costumbres y su fisonomía. Ningún poder le hubiese hecho renunciar á las corbatas de muselina blanca, cuyos extremos, bordados por su mujer y por su hija, colgaban de su cuello. Su chaleco de piqué blanco cubría suficientemente su prominente abdomen, pues estaba algo grueso. Llevaba pantalones azules, medias de seda negras y zapatos con cintas, cuyos lazos se deshacían frecuentemente. Su levita, verde oliva, siempre demasiado ancha, y su sombrero de grandes alas le daban el aire de un cuáquero. Cuando se vestía para las reuniones del domingo se ponía un pantalón de seda, zapatos con hebilla de oro y su infalible chaleco cuadrado un poco abierto, á fin de que dejase ver la planchada pechera de su camisa. Su levita de paño marrón era de las de largos faldones, y hasta 1819 conservó dos cadenas de reloj que pendían paralelamente; bien es verdad que nunca se ponía la segunda más que para vestirse.

Tal era César Birotteau, digno hombre á quien los misterios que presiden el nacimiento de los hombres habían negado la facultad de juzgar el conjunto de la política y de la vida y de elevarse sobre el nivel social en que vive la clase media. Birotteau seguía en todo los errores de la rutina, todas sus opiniones le habían sido comunicadas y él las aplicaba sin examen. Ciego, pero bueno, poco inteligente, pero profundamente religioso, tenía un corazón puro, y en aquel corazón brillaba un solo amor, luz y fuerza de su vida, pues su deseo de medrar, los pocos conocimientos que había tenido, todo, en fin, provenía del cariño que sentía por su mujer y por su hija.

Respecto á la señora de César, que contaba á la sazón treinta y siete años, se parecía tan exactamente á la Venus de Milo, que todos los que la conocían vieron su retrato en aquella hermosa estatua cuando la envió el duque de Rivière. En pocos meses, las penas cubrieron tan pronto

con sus amarillentos tintes su deslumbrante blancura, y hundieron y ennegrecieron tan cruelmente los azulados círculos en que se movían sus hermosos ojos verdes, que tuvo el aire de una virgen vieja; pero, en medio de sus ruinas; conservó siempre un dulce candor y una mirada pura, si bien triste, siendo imposible no encontrarla siempre hermosa, honrada y decente. En el baile premeditado por César iba á gozar del último brillo de belleza que fué notado.

Toda existencia tiene su apogeo, una época durante la cual las causas obran y están en relación directa con los resultados. Este mediodía de la vida en que las fuerzas vivas se equilibran y se manifiestan en todo su brillo, no sólo es común á los seres organizados, sino también á las ciudades, á las naciones, á las ideas, á las instituciones, á los comercios y á las empresas que, semejantes á las razas nobles y á las dinastías, nacen, crecen, se desarrollan y mueren. ¿De dónde proviene el vigor con que se aplica ese tema de crecimiento y de decrecimiento á todo lo que se organiza aquí abajo, pues hasta la muerte misma tiene en épocas de azote su progreso, su disminución, su recrudescencia y su sueño? Nuestro mismo globo tal vez sea también un mecanismo un poco más duradero que los demás. Repitiendo las causas de grandeza y de decadencia de todo lo que existió aquí abajo, la historia podría advertir al hombre el momento en que debe contener el juego de todas sus facultades; pero, desgraciadamente, ni los conquistadores, ni los actores, ni las mujeres, ni los autores escuchan su saludable consejo.

César Birotteau, que debía considerarse en el apogeo de su fortuna, tomó aquella época de dulce calma como un nuevo punto de partida. Él ignoraba la causa de esos trastornos en que tanto abunda la historia y de los que ofrecen innumerables ejemplos infinidad de casas soberanas y comerciales. ¿Por qué unas nuevas pirámides no habían de recordar incesantemente este principio, que debe dominar la política de las naciones lo mismo que la de los particulares: *Cuando el efecto producido no está en relación directa ni en pro-*

porción igual con la causa, comienza la desorganización? Pero estos monumentos existen en todas partes, son las tradiciones y las lápidas que nos hablan del pasado y que consagran los caprichos del indomable destino, cuya mano borra nuestros sueños y nos prueba que los mayores acontecimientos se resumen en una idea. Troya y Napoleón no son más que poemas. ¡Ojalá que esta historia sea el poema de las vicisitudes burguesas, que parecen tan desprovistas de grandeza, que nadie ha pensado en ellas, no obstante ser inmensas! No se trata aquí de un solo hombre, sino de todo un pueblo de dolores.

Al dormirse, César temió que su mujer pudiese hacerle al día siguiente algunas objeciones perentorias y se prometió levantarse muy de mañana para resolverlo todo. Al rayar el alba salió, pues, sin hacer ruido, dejó á su mujer en la cama, se vistió á toda prisa y bajó al almacén en el momento en que el mozo abría la tienda. Al verse solo, Birotteau esperó á que sus dependientes se levantasen y se puso en el umbral de la puerta viendo cómo desempeñaba sus funciones su dependiente Raguet. Á pesar del frío, el tiempo estaba excelente.

—Popinot, vete á buscar el sombrero, ponte las botas y dile á Celestino que baje, porque tú y yo nos iremos á hablar á las Tullerías —dijo al ver á Anselmo que bajaba.

Popinot, aquel admirable contrapeso de de Tillet, que, por una de esas felices casualidades, hacía creer que la Providencia lo había puesto al lado de César, desempeña tan gran papel en la historia, que es conveniente decir aquí cuatro palabras acerca de él.

La señora Ragón pertenecía á la familia Popinot y tenía dos hermanos. Uno de ellos, el más joven, se hallaba á la sazón de juez suplente de la audiencia de primera instancia del Sena, y el mayor se había dedicado al comercio de lanas, y pérdida en él su fortuna, murió dejando á cargo de los Ragón y de su hermano el juez, que no tenía hijos, al único que tuvo de su mujer, muerta del parto. Para dar una profesión á su sobrino, la señora Ragón lo había dedicado á la perfumería, esperando que sucedería algún día

á Birotteau. Anselmo Popinot era pequeñito y pateta, defecto este último con que la casualidad agobió á lord Byron, á Walter Scott y al señor de Talleyrand para no desanimar á los que se ven afligidos por él. Tenía ese color blanco y lleno de pecas que distingue á las gentes cuyos cabellos son rojos; pero su frente pura, sus ojos de color de ágata, su bonita boca, su blancura, su gracia pudorosa y la timidez que le inspiraba su vicio de conformación, hacía que todos simpatizaran con él; siempre se ama á los débiles. Popinot interesaba. El pequeño Popinot (todo el mundo le llamaba de este modo) provenía de una familia esencialmente religiosa, cuya vida era modesta y estaba llena de honrosas acciones. Así es que el niño, educado por su tío el juez, reunía esas cualidades que tan hermosa hacen á la juventud: juicioso y poseído de respeto, algo corto en sus modales, pero lleno de ardor, cariñoso como un cordero, asiduo para el trabajo, fiel y sobrio, estaba dotado de todas las virtudes de un cristiano de los primeros tiempos de la Iglesia.

Al oír hablar de un paseo á las Tullerías, que era la proposición más excéntrica que podía hacer á aquellas horas su imponente principal, Popinot creyó que quería hablarle de establecimiento y pensó de pronto en Cesarina, la verdadera reina de las rosas, la muestra animada de la tienda, de la cual se enamoró el día mismo que había entrado en casa de Birotteau. Subiendo la escalera se vió, pues, obligado á detenerse, porque su corazón latía con demasiada violencia, y bajó á poco seguido de Celestino, primer dependiente de Birotteau. Anselmo y su patrón se encaminaron sin decirse palabra hacia las Tullerías. Popinot tenía entonces veintiún años, y Birotteau se había casado á esta edad. Anselmo no veía, pues, ningún inconveniente en su matrimonio con Cesarina, aunque la fortuna del perfumista y la belleza de su hija fuesen inmensos obstáculos para el logro de tan ambiciosos proyectos. Pero el amor procede por los impulsos de la esperanza, y cuanto más insensatos son éstos, mayor fe les presta. Así es que cuanto más lejos se hallaba de su amada, más vivos eran sus deseos. Feliz joven él, que en un tiempo en que todo se nivela y en que todos los sombre-

ros se parecen, lograba orear distancias entre la familia del perfumista y él, retoño de una familia parisiense. A pesar de sus dudas y de sus inquietudes, era feliz porque comía todos los días al lado de Cesarina. Además, al ocuparse de los negocios de la casa, lo hacía con tal celo y ardor, que le quitaba al trabajo toda su amargura, y haciéndolo todo en nombre de Cesarina no estaba nunca cansado. En un joven de veinte años, el amor se alimenta de sacrificios.

—Será un buen negociante y medrará—decía de él Cesarina á la señora Ragón alabando la actividad de Anselmo para el trabajo, elogiando su aptitud para comprender las malicias del arte y recordando la rudeza de su trabajo en los momentos en que, con las mangas arremangadas y los brazos desnudos, el cojo embalaba y elevaba más cajas que todos los dependientes juntos.

Las conocidas pretensiones de Alejandro Crottat, primer pasante de Roguín, y la fortuna de su padre, rico cortijero de Brie, eran obstáculos muy grandes para el triunfo del huérfano; sin embargo, no eran aún estas dificultades las más difíciles de vencer: Popinot sepultaba en el fondo de su corazón tristes secretos que aumentaban la distancia entre Cesarina y él. La fortuna de los Ragón, con la cual habría podido contar, estaba comprometida, y el pobre huérfano tenía la dicha de ayudarles á vivir entregándoles su escaso sueldo. Sin embargo, aun creía en el éxito. Distintas veces había percibido algunas miradas que le había dirigido Cesarina con aparente orgullo, y en el fondo de sus ojos azules se había atrevido á leer un pensamiento secreto lleno de cariñosas esperanzas. Movido, pues, por sus momentáneas ilusiones, iba el pobre tembloroso, mudo y conmovido, como lo estarían en semejante circunstancia todos los jóvenes que comienzan la vida.

—Popinot ¿está buena tu tía?—le preguntó el honrado perfumista.

—Sí, señor.

—Sin embargo, hace algún tiempo que la encuentro pensativa. ¿Ocultará alguna pena? Escúchame, hijo mío; no hay que guardar misterios conmigo, pues yo casi soy de la fami-

lia y hace veinticinco años que conozco al señor Ragón. Entré en su casa con zapatos herrados al llegar de mi aldea, y aunque el lugar en que nací se llama *las Tesoreras*, traje por toda fortuna un luis de oro que me había dado mi madrina, la difunta señora marquesa de Uxelles, parienta de los señores duques de Lenoncourt, que son parroquianos nuestros. Por esta razón, ruego todos los domingos por ella y por toda su familia, y envío á Turena toda la perfumería que necesita su sobrina la señora de Mortsauf. Siempre adquiero parroquianos por medio de ellos, como, por ejemplo, el señor de Vandenesse, que gasta más de mil doscientos francos anuales. Si no fuera uno agradecido de corazón, debería serlo por cálculo; pero yo te quiero bien, sin miras interesadas y por ti mismo.

—¡Ah! señor, permítame que le diga que tiene una gran cabeza.

—No, hijo mío, no, eso no basta. No digo que mi cabeza no valga tanto como otra; pero yo tenía probidad *mordicus*, he observado buena conducta y nunca he querido á más mujer que la mía. El amor es un gran *vehículo*, frase feliz que empleó ayer el señor Villele en la tribuna.

—¡El amor!—dijo Popinot—¡Oh! señor, ¿es que...?

—¡Toma! ¡el padre Roguín á los ocho á pie en la plaza de Luis XV! ¿Qué mil diablos hace ahí el buen hombre?—se dijo César, olvidando á Anselmo y el aceite de avellanas.

Las hipótesis de su mujer acudieron á su mente, y, en lugar de entrar en el jardín de las Tullerías, Birotteau se acercó al notario para trabar conversación con él. Anselmo siguió á su patrón á cierta distancia, sin poder explicarse el súbito interés que se tomaba por una cosa tan poco importante en apariencia; pero, en medio de todo, se consideró feliz y vió el mundo lleno de esperanzas con el dicho de César acerca de sus zapatos herrados, de su luis de oro y del amor.

Roguín, hombre alto y grueso, de frente despejada y de cabellos negros, no carecía antaño de cierta belleza, había sido audaz cuando joven, y, de simple escribiente, supo llegar á notario; pero en este momento, á los ojos de un hábil

observador, su cara ofrecía los señales del estrago producido por los placeres buscados. Cuando un hombre se sume en el fango de los excesos, es difícil que su cara no sea, en cierto modo, fangosa; así es que los contornos de las arrugas y el color de la tez de Roguín carecían de nobleza. En lugar de ese brillo puro que se percibe bajo los tejidos de los hombres moderados y les imprime cierto color de salud, se entreveía en él la impureza de una sangre maleada por esfuerzos contra los cuales se resiste el cuerpo. Su nariz estaba innoblemente remangada, como la de las gentes cuyos humores al acudir á este órgano, producen un achaque secreto, que una virtuosa reina de Francia creía sencillamente que era una desgracia común á la especie, por no haberse aproximado nunca lo bastante á ningún hombre que no fuese el rey para reconocer su error. Tomando mucho rapé, Roguín creyó disimular su achaque, y lo que hizo fué aumentarlo hasta tal punto, que pasó á ser la principal causa de sus desgracias.

¿No es ya una adulación social sobrado prolongada el pintar siempre á los hombres con falsos colores sin describir nunca algunos de los verdaderos principios de sus vicisitudes, originadas frecuentemente por la enfermedad? El mal físico, considerado en sus estragos morales y examinado en las influencias que ejerce el mecanismo de la vida, ha sido hasta aquí olvidado por los historiadores de las costumbres. La señora Birotteau había adivinado perfectamente el secreto del hogar.

Desde la primera noche de su matrimonio, la encantadora hija única del banquero Chevrel había concebido por el pobre notario una horrible antipatía y quiso presentar inmediatamente una demanda de divorcio. Roguín, que se consideraba demasiado feliz con una mujer que poseía quinientos mil francos, sin contar las esperanzas, suplicó á su mujer que no intentase el divorcio, prometiéndole dejarla en libertad y someterse á todas las consecuencias de semejante pacto. La señora Roguín, convertida en soberana, se portó con su marido como una entretenida con un amante viejo. Roguín no tardó en encontrar á su mujer demasiado

cara, y, como muchos maridos parisienses, se creó otro hogar fuera de casa. Encerrado al principio en prudentes límites, este gasto no fué excesivo.

Primeraamente, Roguín encontró, sin grandes gastos, modistillas que se consideraban muy felices con su protección; pero al cabo de tres años estaba roído por una de esas indomables pasiones que invaden á los hombres entre los cincuenta y los sesenta, pasión que estaba justificada por una de las criaturas más hermosas de la época, conocida en los fastos de la prostitución por el apodo de la hermosa Holandesa, y decimos de la prostitución, porque al fin fué á caer á ese abismo y murió en él. Había sido llevada de Bourges á París por uno de los clientes de Roguín, el cual, al verse obligado á escapar á causa de los acontecimientos políticos, se la cedió en 1814. El notario había comprado á su hermosa una casita en los Campos Elíseos, cuya casa amuebló ricamente, y se había dejado arrastrar por los costosos caprichos de aquella mujer, cuyas profusiones absorbieron su fortuna.

El aire sombrío de la fisonomía de Roguín, que se disipó tan pronto como vió á su cliente, dependía de misteriosos acontecimientos que encerraban los secretos de la fortuna hecha tan rápidamente por de Tillet. El plan formado por Fernando cambió desde el primer domingo en que pudo observar en casa de su amo Birotteau la situación respectiva de los señores Roguín. En casa de César había entrado, más bien que para seducir á su señora, para lograr la mano de Cesarina como indemnización de una pasión comprimida, y le costó menos trabajo renunciar á este matrimonio, cuanto que lo había creído rico y le encontraba pobre. De Tillet espío al notario, procuró ganarse su confianza, hizo que le presentase en casa de la hermosa holandesa, procuró estudiar las relaciones que existían entre ella y Roguín y supo que amenazaba á su amante con serle infiel si le escatimaba el lujo. La hermosa holandesa era una de esas mujeres locas que no se preocupan nunca de dónde proviene el dinero ni cómo se adquiere y que sería capaz de dar una fiesta con el producto de un parricidio. Para ella el porvenir era sus tar-

des y el fin de mes la eternidad, aunque tuviese que pagar facturas. Satisfecho de haber encontrado una primera palanca, de Tillet empezó por obtener de la hermosa holandesa que quisiese á Roguín por treinta mil francos anuales en lugar de los cincuenta mil, servicio este que rara vez olvidan los ancianos apasionados. Por fin, después de una cena, bien regada con vinos. Roguín se clareó con Tillet acerca su crisis financiera. Los inmuebles estaban absorbidos por la hipoteca legal de su mujer y su pasión le había llevado á tomar de los fondos de sus clientes una suma superior ya á lo que valía la mitad de su notaría. Cuando el resto fuese devorado, el infortunado Roguín se levantaría la tapa de los sesos, pues creía disminuir el horror de la quiebra conquistando la piedad pública. De Tillet vió una fortuna rápida y segura que brilló como un rayo en noche de embriaguez, tranquilizó á Roguín y le pagó la confianza que éste había depositado en él haciéndole renunciar á la idea del suicidio.

—Aventurándose de ese modo—le dijo,—un hombre de sus alcances no debe obrar como un tonto marchando á tientas, sino operar atrevidamente.

Y dicho esto, le aconsejó que tomase una gran suma y que se la confiase para jugarla con audacia en un negocio cualquiera, en la Bolsa ó en alguna especulación escogida entre las mil que se emprendían á la sazón. En el caso de ganar, fundarían ambos una casa de banca, de la cual podría sacar los beneficios para sostener su pasión. Si la suerte se volvía contra ellos, Roguín se iría á vivir al extranjero en lugar de matarse, porque su amigo de Tillet le sería fiel hasta la muerte. Este proyecto era un cable lanzado á un hombre que se ahogaba, y Roguín no notó que el dependiente de perfumista se le enroscaba al cuello.

Dueño del secreto de Roguín, de Tillet se sirvió de él para establecer su poder sobre la mujer, la querida y el querido. Advertida de un desastre que estaba muy lejos de sospechar, la señora Roguín aceptó los servicios de de Tillet, el cual se salió entonces de casa del perfumista al ver seguro su porvenir. Al taimado no le costó gran trabajo convencer á la querida de que arriesgase una suma á fin de no verse nunca

obligada á recurrir á la prostitución si le ocurría alguna desgracia. La notaria arregló sus negocios, no tardó en amontonar un capitalito, y lo entregó á un hombre en quien su marido confiaba, toda vez que el notario le había dado al principio á su cómplice cien mil francos. Instalado cerca de la señora Roguín de un modo que hizo transformar los intereses de aquella mujer en afecto, de Tillet supo inspirarle la pasión más violenta. Como es natural, sus tres comanditarios le cedieron una parte, pero descontento él de esta parte, jugando á la Bolsa tuvo la audacia de entenderse con un adversario que le devolvía el importe de las supuestas pérdidas. Tan pronto como tuvo cincuenta mil francos, quedó seguro de hacer una gran fortuna; examinó, con aquella mirada de águila que le caracterizaba, las diferentes fases en que se hallaba entonces la nación, jugó á la baja durante la campaña de Francia, y al alza á la vuelta de los Borbones. Dos meses después de la vuelta de Luis XVIII, la señora Roguín poseía doscientos mil francos y de Tillet cien mil escudos. El notario, para el cual de Tillet era un ángel, había restablecido el equilibrio en sus negocios. La hermosa holandesa lo disipaba todo, pues era presa de un infame cáncer llamado Máximo de Trailles, antiguo paje del emperador. De Tillet descubrió el verdadero nombre de esta muchacha. Se llamaba Sara Gobseck, y sorprendido de la coincidencia de este nombre con el de un usurero de quien había oído hablar, se fué á casa de este anciano prestamista, que era la Providencia de los hijos de familia, á fin de conocer hasta dónde podría llegar para él el crédito de su parienta. El Bruto de los usureros se mostró implacable con su sobrina segunda; pero de Tillet supo simpatizar con él fingiéndose banquero de Sara y depositario de grandes sumas. La naturaleza normanda y la naturaleza usurera se convinieron mutuamente. Gobseck necesitaba un hombre joven y hábil para dirigir una pequeña operación en el extranjero. Un auditor del Consejo de Estado, sorprendido al ver la vuelta de los Borbones, había tenido la idea de ir á Alemania á hacerse dueño de los títulos de las deudas contraídas por los príncipes durante la emigración; y como

quiera que este asunto era para él puramente político, ofrecía los beneficios á los que le proporcionasen los fondos necesarios. El usurero no quería entregar cantidades más que á medida que se iban comprando los créditos, á fin de que examinase estos últimos alguna persona práctica. Los usureros no se fían de nadie, exigen garantías, la ocasión es el todo para ellos, y si son de hielo cuando no necesitan á un hombre, en cambio se muestran zalameros y dispuestos al sacrificio cuando ven en él alguna utilidad. De Tillet conocía el inmenso papel que desempeñaba en la plaza de París á la sombra de los Werbrust y Gigonnet, corredores de comercio de las calles San Dionisio y San Martín, y del banquero Palma, establecido en el arrabal Poissoniere, interesados casi siempre con Gobseck. Ofreció, pues, una fianza pecuniaria mediante interés, exigiendo que estos señores empleasen en sus negociaciones los fondos que él les entregaría. De este modo se preparaba puntos de apoyo. Acompañó á don Clemente Chardín de los Lupeaulx en un viaje á Alemania que duró lo que duraron los Cien Días, y volvió cuando la segunda Restauración, después de haber aumentado en más del doble su fortuna. Conocía los secretos de los calculadores más hábiles de París y había conquistado la amistad del hombre á quien había ido á vigilar á Alemania, pues aquel hábil escamoteador le había enseñado los resortes y la jurisprudencia de la alta política. De Tillet poseía una de esas inteligencias que entienden con media palabra, y acabó de formarse durante este viaje. Al volver, se encontró con que la señora Roguín seguía siéndole fiel, y respecto al pobre notario, esperaba á Fernando con tanta impaciencia como su mujer, pues la hermosa holandesa le había arruinado de nuevo. De Tillet interrogó á la hermosa holandesa, y no pudiendo ver nada en los gastos que justificase las sumas disipadas, acabó por descubrir el secreto que Sara Gobseck le había ocultado tan cuidadosamente, ó sea su loca pasión por Máximo de Trailles, cuya carrera de vicios y de crápula anunciaba ya lo que había de ser, esto es, uno de esos instrumentos políticos necesarios á todo buen gobierno. Al hacer este descubrimiento, de Tillet comprendió

la indiferencia que sentía Gobseck por su sobrina, y en este estado las cosas, el banquero de Tillet, pues se convirtió en banquero, aconsejó calurosamente á Roguín que cambiase de rumbo, embarcando á sus clientes más ricos en un negocio en que podría reservarse grandes sumas si se veía obligado á quebrar al emprender el juego de la banca. Después de altas y bajas, provechosas únicamente para de Tillet y la señora Roguín, el notario vió al fin llegar la hora de su ruina, y su agonía fué entonces explotada por su mejor amigo. De Tillet inventó la especulación relativa á los terrenos situados en torno de la Magdalena. Como es natural, los cien mil francos depositados por Birotteau en casa de Roguín fueron entregados á de Tillet, el cual, deseando perder al perfumista, hizo comprender al notario que correría menos riesgo cogiendo en sus redes á sus amigos íntimos.

—Un amigo siempre guarda consideraciones, hasta cuando le domina la cólera—le dijo.

Pocas personas saben hoy lo poco que valía en aquella época una toesa de terreno situado en la Magdalena; pero aquellos terrenos iban á ser vendidos necesariamente á menor valor del que tenían por el momento, á causa de la obligación en que se hallarían de ir á buscar propietarios que se aprovecharían de la ocasión. Ahora bien, de Tillet quería estar en situación de recoger los beneficios sin soportar las pérdidas de una especulación. Expresándonos en otros términos, diremos que su plan consistía en matar el negocio para adquirirlo á bajo precio y darle vida después. En semejante situación, Gobseck, Palma, Werbrust y Gigonnet se prestaban mutua ayuda; pero de Tillet no tenía bastante intimidad con ellos para coaligarse, y, por otra parte, quería dirigir el negocio tan á la sombra, que lograrse recoger los provechos del robo sin sufrir sus afrentas. Sintió, pues, la necesidad de tener uno de esos maniqués ambulantes llamados testafellos. El supuesto juego de Bolsa, que empezó por labrar su fortuna, le pareció más á propósito para su objeto, é irrogándose derechos divinos, empezó creando un hombre. De un antiguo viajante de comercio sin más recursos ni capacidad que la de hablar indefinida-



mente acerca de toda clase de asuntos sin decir nada, sin un céntimo, pero capaz de comprender un papel ó desempeñarlo á las mil maravillas, de Tillet hizo un banquero que preparaba y dirigía las mayores empresas como jefe de la casa Claparón. El destino de Carlos Claparón era el ser entregado á los judíos y á los fariseos si los asuntos emprendidos por de Tillet exigían una quiebra; pero para un pobre diablo que se paseaba melancólicamente por los bulevares con un porvenir de dos pesetas diarias cuando lo encontró su compañero de Tillet, las partes á que tenía derecho en cada negocio fueron un Eldorado. Así es que su amistad y su abnegación por de Tillet, excitados por las necesidades de una vida libertina y crapulosa, le hacían decir *amen* á todo. Por otra parte, después de haber vendido su honor, acabó por unirse á su antiguo compañero como se une un perro á su amo. Claparón era un perro faldero muy feo, pero dispuesto siempre á obedecer. En la actual combinación tenía que representar á la mitad de los compradores de los terrenos, como César Birotteau representaba á la otra mitad. Los valores que Claparón recibiría de Birotteau serían descontados por uno de los usureros cuyo nombre podía emplear de Tillet á fin de precipitar á Birotteau en los abismos de una quiebra cuando Roguín le privase de los fondos. Los síndicos de la quiebra obrarían por inspiración de de Tillet, el cual, como depositario del dinero dado por el perfumista, y su acreedor bajo diferentes nombres, haría subastar los terrenos y los compraría por la mitad de su valor. El notario tenía su parte en este plan, creyendo obtener una gran porción de los preciosos restos del perfumista y de sus cointeresados; pero el hombre discreto á quien se entregaba debía llevarse la parte del león. Roguín, que no podía perseguir á de Tillet ante los tribunales, se consideró feliz con el hueso que le daban á roer cada mes, allá en el interior de Suiza, donde encontró bellezas á precios módicos. No fué una meditación de autor trágico inventando una intriga, sino las circunstancias las que engendraron este horrible plan. El odio sin deseo de venganza es un grano infeundo; pero la venganza jurada á César por de Tillet era

uno de los sentimientos más naturales, ó es preciso negar la querrela entre los ángeles malditos y los ángeles de la luz. Sin grandes inconvenientes, de Tillet no podía asesinar al único hombre de París que le conocía como culpable de un robo doméstico; pero podía sumirlo en la vergüenza y aniquilarlo hasta el punto de hacer imposible su testimonio. Durante mucho tiempo, la venganza había germinado en su corazón sin florecer, pues las gentes más rencorosas hacen en París pocos planes, toda vez que la vida es allí demasiado rápida y está demasiado llena de imprevistos accidentes; pero también es preciso confesar que si esas perpetuas oscilaciones no permiten la premeditación, secundan los pensamientos encerrados en el fondo del corazón del hombre que es bastante político para acechar sus probabilidades. Cuando Roguín hizo su declaración á de Tillet, éste entrevió vagamente en él la probabilidad de destruir á César, y no se había engañado. En vísperas de abandonar á su ídolo, el notario bebía el resto del filtro contenido en la copa rota, iba todos los días á los Campos Elíseos y entraba por la madrugada en su casa. Así es que la desconfiada señora Birotteau tenía razón. Cuando un hombre se resuelve á desempeñar el papel que de Tillet había señalado á Roguín, adquiere el talento de un gran comediante, la vista de un lince y la penetración de un vidente, y sabe magnetizar á su víctima, de suerte que el notario vió á Birotteau mucho antes de que Birotteau le hubiese visto á él, y cuando el perfumista le miró, Roguín le tendió ya la mano desde lejos.

—Acabo de hacer el testamento de un gran personaje al que no le quedan ocho días de vida—dijo Roguín con el aire más natural del mundo,—pero me han tratado como á un médico de aldea: me fueron á buscar en coche y vuelvo á pie.

Estas palabras disiparon la ligera nube de desconfianza que había obscurecido la frente del perfumista, nube que Roguín entrevió, guardándose bien de hablar del asunto de los terrenos por tener la seguridad de que, haciéndolo, espantaría á su víctima.

—Después de los testamentos, los contratos de matrimonio—dijo Birotteau.—Así es la vida. Y á propósito, ¿cuándo emprendemos lo de la Magdalena, papá Roguín? Je, je—añadió dándole algunos golpecitos en el vientre.

Entre hombres, la pretensión de los más castos burgueses es parecer avispados.

—Si no se hace hoy, no se hará nunca—respondió el notario con aire diplomático.—Tememos que el asunto se haga público, y yo tengo dos ó tres clientes ricos que me están dando prisa para que comience la especulación. De modo que hay que decidirse á hacerlo ó á dejarlo. Después de las doce empezaré á hacer las actas, y sólo hasta la una tendrá usted tiempo. Adiós, ahora voy precisamente á leer las minutas que mi pasante habrá hecho anoche.

—Pues bien, cosa hecha, cuente usted con mi palabra—dijo Birotteau corriendo tras el notario para estrecharle la mano.—Puede usted disponer de los cien mil francos que habían de servir de dote á mi hija.

—Está bien—dijo Roguín alejándose.

El tiempo que Birotteau tardó en ir, desde el puesto en que estaba el notario, al lado de Popinot, sintió en las entrañas un violento calor, su diafragma se contrajo y sus oídos zumbaron.

—¿Qué tiene usted, señor?—le preguntó el dependiente al verle palidecer.

—¡Ah! hijo mío, con una palabra acabo de emprender un gran negocio y nadie es dueño de sus emociones en casos semejantes. Por otra parte, tú no eres ajeno á él, y por eso te he traído aquí, donde nadie nos escuchará y podremos hablar á nuestras anchas. Tu tía está en mala posición. ¿En qué ha podido perder su dinero?—le preguntó.

—Señor, mi tío y mi tía tenían sus fondos en casa del señor de Nucingen, y se han visto obligados á reembolsarse en acciones de las minas de Wortschin, que no dan aún intereses, y á su edad es difícil vivir de esperanzas.

—Pero ¿de qué viven?

—Me han hecho el favor de aceptar mis ahorros y mi sueldo.

—Bien, bien, Anselmo, eres digno del apego que siento por ti—dijo el perfumista derramando una lágrima,—y espero que recibirás una gran recompensa por el interés que te tomas por mis negocios.

Mientras decía estas palabras con ese sensible énfasis, expresión de su superioridad postiza, el negociante crecía tanto á sus propios ojos como á los de Popinot.

—¿Cómo! ¿habrá usted adivinado mi pasión por...?

—¿Por quién?—dijo el perfumista.

—Por la señorita Cesarina.

—Muchacho, eres muy atrevido—exclamó Birotteau.—Pero guarda tu secreto, prométeme olvidarlo y mañana saldrás de mi casa. No es que me parezca mal, porque, ¡diablo! ya lo creo, en tu lugar yo haría lo mismo. ¡Es tan guapa!

—¡Ah! señor—dijo el dependiente, cuya camisa estaba bañada en sudor.

—Hijo mío, este asunto no es para tratarlo en un día; Cesarina es dueña de hacer lo que quiera, y, por otra parte, su madre tiene formados sus proyectos. Así es que comprímete, enjúgale los ojos, contén tu pasión y no hablemos más de ella. No es que yo me avergonzase de tenerte por yerno, siendo, como eres, sobrino del señor Popinot, juez de la Audiencia. Como sobrino de los Ragón, tienes derecho á medrar como puede tenerlo otro; pero hay muchos *peros*, *pues* y *síes*. ¡Vaya una salida en el momento en que te estoy hablando de negocios! Mira, siéntate en esa silla y que el enamorado desaparezca para dejar paso al comerciante. Popinot, ¿eres hombre de corazón?—dijo mirando á su dependiente.—¿Te sientes con valor para luchar á brazo partido con otro más fuerte que tú?

—Sí, señor.

—¿Te sientes con ánimo para sostener un combate largo y peligroso?...

—¿De qué se trata?

—De reventar al *Aceite Macassar*—dijo Birotteau poniéndose de pie como un héroe de Plutarco. No nos engañemos; el enemigo es fuerte y temible. El *Aceite Macassar* ha sido magníficamente trabajado. La concepción es hábil. Los fras-

cos cuadrados tienen la originalidad de la forma. En mi proyecto, yo he pensado en hacerlos triangulares; pero después de maduras reflexiones, creo que serían preferibles las botellitas de vidrio con funda de caña, porque tendrían cierto aire misterioso, cosa que gusta siempre al consumidor porque le intriga.

—Eso es costoso—dijo Popinot.—Sería preciso ponerlo todo lo más barato posible, á fin de hacer grandes remesas á los vendedores al por menor.

—Bien, muchacho, esos son los verdaderos principios. No olvides que el *Aceite Macassar* se defenderá; es especioso y tiene un nombre seductor. Lo presentan como una importación extranjera, y nosotros tenemos la desgracia de ser de nuestro país. Vamos á ver, Popinot, ¿te sientes con fuerzas para matar á Macassar? En primer lugar, tú le llevarás ventaja en las expediciones á Ultramar, porque, al parecer, Macassar está realmente en las Indias, y en este caso es más natural enviar el producto francés á las Indias, que no el que es reputado de proceder de su país. Hay que luchar en el extranjero y en los departamentos. Ahora bien, el *Aceite Macassar* ha sido muy anunciado, tiene poder y el público lo conoce.

—Yo lo aplastaré—exclamó Popinot con entusiasmo.

—¿De qué modo?—le dijo Birotteau.—Así es el ardor de los jóvenes. Escúchame hasta el fin.

Anselmo se cuadró como un soldado ante un mariscal de Francia.

—Popinot, yo he inventado un aceite para promover la salida de los cabellos, tonificar el cuero cabelludo y mantener el color del pelo, sea éste de hombre ó de mujer. Esa esencia tendrá tanto éxito como mi pasta y mi agua; pero no quiero explotar este secreto por mí mismo, porque yo pienso retirarme del comercio. Hijo mío, tú serás el que lanzará mi *Aceite Comageno* (de la palabra latina *coma*, que significa cabello, como ha dicho el señor Alibert, médico del rey). Esta palabra se encuentra en la tragedia de Berenice, donde Racine saca un rey de Comageno, amante de aquella hermosa reina tan célebre por su cabellera, el cual amante, sin

duda por adulación, dió este nombre á su reino. ¡Qué salidas tienen esos grandes genios! Descienden hasta á los detalles más insignificantes.

El pequeño Popinot conservó su seriedad escuchando este ridículo paréntesis, dicho evidentemente para él, que tenía instrucción.

—Anselmo, he fijado en ti mis ojos para fundar una gran droguería en la calle de los Lombardos—dijo Birotteau.—Yo seré tu asociado secreto y te proporcionaré los primeros fondos. Después del *Aceite Comageno*, ensayaremos la esencia de vainilla y el espíritu de menta, revolucionando la droguería y vendiendo sus productos concentrados, en vez de venderlos al natural. ¿Estás así contento, joven ambicioso?

Anselmo estaba tan emocionado, que no podía responder; pero sus ojos, anegados en llanto, respondían por él. Esta oferta parecíale dictada por una indulgente paternidad que le decía: «Merece á Cesarina ganando riqueza y consideración».

—Señor, yo también medraré—respondió al fin Popinot tomando por asombro la emoción de Birotteau.

—Así era yo—exclamó el perfumista,—esas eran mis palabras constantes. De todos modos, si no obtienes á mi hija, obtendrás por lo menos una fortuna. Pero ¿qué te pasa, muchacho?

—Déjeme usted al menos esperar que adquiriendo una obtendré la otra.

—Yo no puedo impedirte que esperes, hijo mío—le dijo Birotteau conmovido por el tono de Anselmo.

—Está bien, señor. ¿Puedo desde hoy tomar mis medidas para buscar una tienda y comenzar cuanto antes?

—Sí, hijo mío. Mañana iremos los dos á encerrarnos en la fábrica. Antes de ir al barrio de la calle de los Lombardos, pasa por casa de Livingston para saber si mi prensa hidráulica podrá funcionar mañana. Esta noche, á la hora de comer, iremos á casa del ilustre y bueno Vauquelin para consultarle. Este sabio se ha ocupado recientemente de la composición de los cabellos y ha indagado cuál era su substancia colorante, de dónde provenía y cuál era su contextura.